



Artículos

Pensar Córdoba: reflexiones preliminares

César Tcach

Director de la Maestría en Partidos Políticos.
Centro de Estudios Avanzados. Investigador del
CONICET.

Pensar Córdoba en los albores del siglo XXI es el objetivo central del número 15 de la revista *Estudios*. Asumir este desafío, torna insoslayable considerar cómo Córdoba fue pensada, imaginada y soñada por otros, en diversos momentos de su historia. Y por consiguiente, acercarnos al modo en que su identidad fue construida, formulada y reformulada por los distintos actores políticos y sociales. En otras palabras, supone afrontar los mitos y realidades que configuraron su identidad y la redefinieron a lo largo del tiempo. Es por eso, que valgan estas reflexiones preliminares a modo de heterodoxa introducción.

“*Ni tan docta ni tan santa*”, decía hace un tiempo Efraín Bischoff, apuntando al corazón de uno de sus mitos identitarios: el de la patricia *Córdoba de las campanas*.¹ Empero, son innegables los datos de la realidad que subyacen a la construcción del mito conservador.

En el siglo XVII, el Tribunal de la Inquisición situado en Lima sostuvo la necesidad de instalar un nuevo Tribunal en Córdoba y no en Buenos Aires, cuyo puerto estaba abierto a la introducción de la herejía.² De este modo anticipaba, pero desde una óptica inversa, el contraste pos-

¹ Mesa sobre Historia de Córdoba organizada por *La Voz del Interior*. Véase, LVI 19-3-2000, p. 3 C. En la óptica de Bischoff: “Si hubiera sido santa, la masonería no hubiera tenido aquí una de sus fuerzas más extraordinarias y no habrían muerto toda la vida los diarios católicos desde 1823”. *Ibid.*

² Efraín Bischoff, *La Inquisición en Córdoba*, La Rioja, Ed. Canguro, 1992, pp. 18-19.

tulado por Sarmiento dos siglos después.³ Si bien la iniciativa no llegó a concretarse, durante los siglos XVII, XVIII y parte del XIX, funcionó activamente en Córdoba un Comisariato del intolerante Santo Oficio de la Inquisición Española. Aún en 1823, la justicia eclesiástica del Obispado de Córdoba seguía receptando denuncias y calificando de “herética” la lectura de las obras de Rousseau, en contraste con la gran tarea de difusión realizada por Mariano Moreno muchos años antes.⁴ En la segunda mitad del siglo XIX, la resistencia a las reformas políticas y culturales emprendidas por los liberales cordobeses, dieron acabada expresión de la fuerza de esa dimensión simbólica que durante largo tiempo había impregnado la identidad provincial. Al respecto, tres cuestiones adquirieron un carácter emblemático: la oposición clerical a la construcción del dique San Roque con el consiguiente encarcelamiento de Carlos Cassafousth y Juan Biolet Massé (se argumentaba que si Dios lo hubiese querido, él habría creado el lago⁵); el rechazo a la fundación de la Escuela Nacional Normal (luego, Alejandro Carbó), dado que suponía la formación educativa y laboral de las mujeres desde un ámbito estatal y laico⁶; y la cruzada contra la tesis doctoral de Ramón J. Cárcano que defendía la igualdad de los hijos ante la ley, y extendía sus derechos a los considerados “adulterinos”, “incestuosos” y “sacrílegos”.⁷

Ciertamente, el último cuarto del siglo XIX comenzó a desdibujar las certezas del imaginario tradicionalista. Para Waldo Ansaldi, a partir de esos años se inició la ruptura

³ Desde Sarmiento en su célebre *Facundo* hasta autores contemporáneos como Richard Morse, pusieron énfasis en contrastar la moderna Buenos Aires, alimentada por Bentham, Rousseau y Montesquieu, con Córdoba, plaza fuerte del realismo monárquico español y el escolasticismo. Véase, Richard Morse, *El espejo de Próspero*, México, Ed. Siglo XXI, 1982, p. 107.

⁴ Jaqueline Vassallo, “Los delatores de *delitos contra la fe* en la Córdoba de principios del siglo XIX”, en *Revista del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba*, N° 2, 2001, pp. 124-125 y 136.

⁵ Horacio Sanguinetti, *La trayectoria de una flecha. Las obras y los días de Deodoro Roca*, Bs.As, Ed. Librería Histórica, 2003, p. 19.

⁶ Una pastoral del vicario Clara prohibió a los padres católicos enviar a sus hijos a la Escuela Normal. Entre otros argumentos, se destacaba el credo protestante de su directora, la maestra norteamericana F. Amstrong. Silvia Roitenburd, “Educación y valores: una aproximación al modelo educativo del nacionalismo católico cordobés (1862-1943)”, en Fundación Amadeo Sabbattini, *La educación en Córdoba en el siglo XX*, tomo I, Córdoba, Ed. del Copista, 1997, pp.171-172.

⁷ El director de la tesis doctoral de Cárcano fue el Dr. Miguel Juárez Celman. El vicario Jerónimo Clara prohibió su lectura a través de una pastoral, pero el ministro de Instrucción Pública Eduardo Wilde apoyó a Cárcano y dispuso la separación de la UNC de los tres docentes que respaldaron públicamente a Clara: Rafael García, Nicéforo Castellanos y Nicolás Berrotarán. Véase al respecto, la revista *Estudios* N° 2, CEA, 1993, pp.164-238, —donde se reproduce esta tesis doctoral— y la presentación que hizo de ella, Elsa Chanaguir.

de aquel “claustro encerrado entre barrancas”, refugio de españoles fugitivos, que había descrito Sarmiento. La derrota de las barrancas que limitaban la expansión urbana, la irrupción del ferrocarril –que desde 1870 permitió una comunicación fluida con Rosario- y la regulación del caudal del río Suquía a través del flamante Dique San Roque, eran indicadores fehacientes de la modernización provinciana.⁸ A la ruptura de la imagen de un claustro parapetado entre terrosas barrancas, debe añadirse la apertura del cielo a la ciencia: en 1871 se concretó el viejo anhelo acariciado por Sarmiento, la fundación del Observatorio astronómico nacional.⁹ La desacralización del conocimiento de la naturaleza fue paralela a la extensión del poder estatal. Diez años más tarde, la creación del Registro Civil de las personas, marcaba con claridad la tendencia a la secularización de la sociedad cordobesa.

Asimismo, las primeras décadas del siglo asistieron a la diversificación de Córdoba en los planos cultural, religioso, étnico y político. Mientras la pampa húmeda cordobesa se poblaban de inmigrantes italianos –liberales y garibaldinos¹⁰ - que fundaban asociaciones de ayuda mutua, núcleos de libre pensamiento, y renovaban a la UCR dando lugar a la eclosión del “radicalismo rojo” primero, y del sabattinismo después; en la ciudad capital los inmigrantes árabes constituían la Sociedad Sirio Libanesa (1907); asimismo, se fundaban las primeras asociaciones judías: la Unión Israelita (1906), el Centro Israelita (1911) y el Centro Unión Israelita de Córdoba (fruto de la fusión de ambos, en 1915). La visita de Albert Einstein a esta institución en 1925, era un buen indicador de una Córdoba plural, difícilmente imaginable medio siglo antes.¹¹

La Reforma Universitaria de 1918, marcó el nacimiento de un segundo mito constitutivo de la identidad cordobesa contemporánea: el de la *Córdoba rebelde, ciudadana y democrática*. Su construcción social derivaba de las transformaciones experimentadas por la Córdoba de la modernización. Las mismas, implicaron dos fenómenos cuya confluencia potenció la proyección del movimiento reformista: una fractura dentro de la

⁸ Waldo Ansaldi, “Una Córdoba modernizada, mas sin modernidad 1880-1918”, en el libro editado por La Voz del Interior, *100 años de plástica en Córdoba, 1904-2004*, pp. 20-30.

⁹ Gustavo Carranza – Santiago Paolantonio, “Córdoba Durchmusterung”, en *Estudios* Nº 3, CEA, 1994, pp.93-104.

¹⁰ El historiador Roberto Ferrero ha sostenido con acierto que los inmigrantes italianos “eran liberales y garibaldinos, la efeméride que ellos celebraban era el 20 de septiembre, día de 1870 en que las tropas italianas del general Cadorna, después de abrir una brecha en la puerta Pía, y derrotar a las fuerzas pontificias del general Kanzler, recuperaron Roma para la nación”. Roberto Ferrero, *Sabattini y la decadencia del Yrigoyenismo*, Bs.As. CEAL, 1984, tomo I, p. 41.

¹¹ Sobre la inmigración árabe y sefardita, véase el excelente trabajo del investigador de la Universidad de Westminster Ignacio Klich, “Árabes, judíos, y árabes judíos en la Argentina de la primera mitad del novecientos”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* Nº 2, Universidad de Tel Aviv, Israel, 1995.

elite que había controlado tradicionalmente el poder político en Córdoba –gran parte de los jóvenes dirigentes reformistas provenían de familias patricias (tesis de Liliana Aguiar)- y la progresiva irrupción de una primera generación de argentinos, hijos de inmigrantes europeos (tesis de Juan Carlos Agulla).¹² Deodoro Roca simboliza el primer caso, Gregorio Bermann el segundo.

Durante las décadas del '30, '40 y '50, el mito democrático derivado de la Reforma Universitaria se consolidó y convirtió en el mito de la clase media, por excelencia (contrapuesto al mito patricio de la Córdoba de las campanas). La idea de una Córdoba ejemplarmente democrática y laica, se afianzó durante los gobiernos de Amadeo Sabatini y Santiago del Castillo, entre 1936-43. En contraste con el orden nacional –donde imperaba el fraude electoral y la asfixia de las libertades públicas- en Córdoba se rendía orgullosamente culto al juego democrático y republicano. Todo parecía contribuir a la exaltación de sus virtudes cívicas. Pocos años después, los sectores medios engrosaron la oposición antiperonista (cabe recordar que la autonomía universitaria fue anulada por Perón en 1947) y tuvieron un papel protagónico en la revolución de septiembre de 1955, que convirtió a Córdoba –durante una semana- en la capital provisional de la Argentina.

Empero, la democracia que comenzaba a postularse a partir de entonces ya no era la misma: toleraba y hasta era complaciente con las proscripciones...el mito reformista de la Córdoba democrática tendía a palidecer. Y aún más, a reducirse a una mera identificación con el partido radical: varias décadas después, el angelocismo fue la expresión más acabada de ese reduccionismo.

En las décadas del '60 y del '70, el eclipse del imaginario que había sustentado el mito de la Córdoba ciudadana y democrática, se asoció a la irrupción de un tercer mito que –al igual que el anterior- contribuyó a redefinir la identidad provincial: el de la *Córdoba revolucionaria*, cuna y vanguardia de las luchas obreras y estudiantiles. Si bien es posible detectar relaciones de continuidad y contigüidad con el mito ciudadano surgido al amparo del movimiento reformista y la experiencia sabattinista (por ejemplo, la idea de una Córdoba rebelde), la ruptura con el imaginario precedente fue cualitativa: ponía en cuestión los fundamentos del orden económico y social capitalista, independientemente del tipo de régimen político imperante (democrático, autoritario o totalitario).

El tipo de sociedad que hizo posible la construcción y el arraigo del mito debe correlacionarse no sólo con el conocido postulado de Aricó que concebía a Córdoba como *ciudad de frontera* (marcada históricamente por la tensión entre lo más innovador y lo más reaccionario), sino también con las transformaciones derivadas del desarrollo in-

¹² Véase, Liliana Aguiar de Zapiola, "El radicalismo y la reforma universitaria ¿Orígenes míticos de las clases medias en Córdoba?", en *Anuario CEA – PARTIDOS POLITICOS-RELACIONES INTERNACIONALES*, Córdoba, 1994; Juan Carlos Agulla, *Eclipse de una aristocracia*, Ed. Libera, 1968.

dustrial. A partir de la instalación de FIAT y KAISER entre 1954-55, Córdoba se había convertido progresivamente en una *ciudad de enclave automotriz*, es decir, sustentada en una monoproducción sectorial que descansaba en un actor colectivo –un joven movimiento obrero que no había vivido la experiencia del peronismo histórico- cuya movilización repercutía inmediatamente y tenía efectos expansivos sobre toda la ciudad. Parafraseando a Miguel Murmis y Beba Balvé: una crisis de la industria automotriz suponía una crisis de la ciudad misma.¹³ A la existencia de un movimiento obrero concentrado, joven y abierto a nuevos proyectos y expectativas, debe añadirse la presencia de un estudiantado universitario marcado por un alto sentido de pertenencia y de sociabilidad en su vida cotidiana: el Barrio Clínicas y el comedor universitario constituyeron en este aspecto, la antítesis del “no lugar”. El fracaso de las sucesivas fórmulas políticas ensayadas tras el derrocamiento de Perón, el golpismo militar, y la inestabilidad como un dato estable –valga la paradoja- de la política argentina, estimularon su permeabilidad al clima de revuelta moral que recorría Europa. El tipo de desarrollo capitalista experimentado por Córdoba, su peculiar configuración societal, y la situación internacional, sentaban las bases de su radicalización política y cultural. A partir de entonces, la “reforma” fue sustituida por la “revolución”, en los valores y creencias de un sector importante de la sociedad cordobesa. La tragedia de 1976, cerró ese ciclo.

A tenor de lo expuesto, ¿hubo algo en común entre el mito conservador, el democrático y el revolucionario? ¿Es posible encontrar un común denominador que los asocie en su diversidad? Si bien esta triada simbólica es la expresión de una diversificación en la producción de sentido, resultado de la progresiva complejización de la sociedad cordobesa, en los tres casos es posible detectar una representación compartida que remite a dos aspectos íntimamente relacionados: el de una cierta autonomía político-cultural de Córdoba y su proyección nacional. Para quienes la imaginaron docta y santa, Córdoba estaba destinada a ser la “Roma de América del Sur”. Para quienes exaltaron sus virtudes cívicas y ciudadanas, era una “isla democrática”, una suerte de oasis republicano cuya influencia trascendía los límites provinciales para convertirse en el “meridiano político del país”. Y quienes la soñaron vanguardia de las luchas sociales, acariciaron la meta de convertirla en “capital de la patria socialista”.

Ciertamente, entre los radicales y liberales que la identificaban con una isla democrática, los conservadores –como el historiador Carlos Andrés que aún en 1945 la consideraba una “urbe prócer” fundada en “la sangre más ilustre de España por todas las líneas”¹⁴- y los revolucionarios enamorados del cordobazo y el SITRAC-SITRAM, exis-

¹³ Sobre esta temática, véase Beba Balvé-Miguel Murmis (varios autores), *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis. Córdoba 1971-1969*, Bs.As. Ed. La Rosa Blindada, 1973; César Tcach, *Policía y sacristía en una ciudad de enclave (Córdoba 1962-63)*, en revista ESTUDIOS Nº 11-12, CEA, 1999, pp.59-82.

¹⁴ Carlos Andrés, *Córdoba la Llana*, Córdoba, 1946. Este libro de historia de Córdoba –

te una distancia ideológica –en el sentido sartoriano de la expresión- considerable. Pero tras ella subyace cierto sustrato común: el de Córdoba como una suerte de *ciudad-estado*, un sueño compartido desde vertientes ideológicas antagónicas y distantes mitos polares, como el conservador y el revolucionario. Si el propio presidente Justo creyó ver algo de ello cuando en 1935 sostuvo que de Córdoba podía provenir la superación de los males argentinos, su expresión más provocadora –postulada con tono de esperpento- la dieron los estudiantes del Barrio Clínicas, quienes alentados por Deodoro Roca y José Ingenieros, sostuvieron en 1922 la candidatura a diputado del “loco”, Enrique Badessich, un “poeta” extravagante que vestía ropas de papel, corbata voladora, sombrero, y ululaba por las esquinas. Candidato por el “Partido Bromosódico Independiente”, alcanzó a obtener una banca –aunque su diploma luego fue rechazado- tras la consigna de implantar una *República Cordobesa*, donde imperase el amor libre y la supresión del Ejército.¹⁵ Si la verdad también aflora a través de la voz de los “locos”, Badessich expresó –con su República de Córdoba- un impulso latente, un filón nunca cristalizado, que atravesó los distintos discursos sobre Córdoba a lo largo de su historia, el de su irreducible especificidad y proyección.

En la Córdoba de comienzos del siglo XXI, la “cultura de lo imposible” –en la acertada expresión de Antonio Marimón¹⁶- ha cedido su paso a la tibieza de las convicciones. El radicalismo ideológico de sus mitos polares son resabios del pasado. Y aun quienes la percibieron como un dechado de virtudes ciudadanas –una versión mediterránea de Uruguay- vieron ampliamente defraudadas sus expectativas en las últimas décadas. Empero, la producción de sentido –y por consiguiente, de identidad- ya no es monopolio de una elite, y la producción científica en el campo de las humanidades y ciencias sociales –de la que este número de *Estudios* es testigo- está marcada por el pluralismo y la diversidad de enfoques. Lejos de ser un dato menor, *el tránsito de la Córdoba de las verdades absolutas a la Córdoba Plural* abre un inédito camino que nos incluye a todos y nos reconoce, en la búsqueda renovada y nunca acabada (parafraseando al gran sociólogo Norbert Lechner, fallecido hace pocos meses) del orden deseado.

ubicado en la línea del hispanismo católico- contó con una presentación de Carlos Ibarguren y del P. Grenon.

¹⁵ Sobre la visión que el general Agustín Justo, tenía de Córdoba, véase, Tulio Halperin Donghi, *La República Imposible (1930-1945)*, Bs.As. Ed. Ariel, 2004, pp. 177-178. La referencia al corrosivo e imaginario “partido bromosódico independiente”, la he tomado de Horacio Sanguinetti, op. cit. pp. 46-47.

¹⁶ Antonio Marimón, “La cultura de lo imposible”, en revista *Plural* Nº 13, Bs.As. 1989, pp.4-9.